

Las lecturas de la Fiesta de Filipina contienen varias yuxtaposiciones curiosas:

*Ruinas que cantan por la alegría. Una semilla que muere para traer nueva vida.*

Estas lecturas son apropiadas para celebrar la vida de Filipina, que también estaba llena de ambigüedad y contradicción. Todas conocemos la historia básica: la manera en la que Filipina tuvo durante tanto tiempo el deseo intenso de llevar la "Buena Nueva" del amor de Dios a los nativos del Nuevo Mundo; su llegada al Nuevo Mundo cuando tenía más de 40 años y, como después de décadas de dificultades y desafíos administrativos y personales para poder abrir escuelas, finalmente y cuando ya había cumplido los 70 años, obtuvo el permiso para pasar un año con los indios de Potawatomi. Cuando el salmo de hoy dice: "Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas", parece que se está refiriendo a la llegada de Filipina a Sugar Creek cuando los Potawatomi la recibieron con un desfile de más de 200 guerreros montados a caballo. Los Potawatomi se habían convertido hacía mucho tiempo al catolicismo y se interrelacionaban con comerciantes de pieles franceses. Estaban realmente encantados de que Filipina y sus tres acompañantes hubieran respondido a su solicitud de venir y ofrecer una educación de calidad a sus hijas. No importaba que Filipina fuera demasiado mayor para poder solo rezar y comunicar su amor a través de pequeños gestos. Las hermanas que trajo con ella y las que vinieron después, se quedaron allí durante casi 40 años, aprendieron las costumbres y, en algunos casos, el idioma de la gente. Estas mujeres, que eran de clases sociales y nacionalidades muy diferentes, vivían y trabajaban juntas como un solo cuerpo libres, por las circunstancias, de las reglas de separación de hermanas coadjutoras y religiosas de coro que se observaban en otras casas de la Sociedad. Actualmente, hay siete religiosas del Sagrado Corazón que están enterradas en una única tumba en Santa María de Kansas, donde los Potawatomi se trasladaron cuando se les obligó a dejar Sugar Creek.

Esta es la historia simple y directa de la vida de Filipina que hemos estado contando durante generaciones. Ella es la semilla humilde que cae en el suelo y da origen no solo a un afecto duradero por parte de muchos Potawatomi, sino también al establecimiento de la Sociedad del Sagrado Corazón en toda América del Norte y del Sur.

Pero cuando se hace santo a alguien, es habitual que los hagiógrafos dejen de lado algunas partes de la historia de la persona que, en realidad, serían la parte más útil para todos los que estamos luchando por hacer elecciones morales en un mundo lleno de zonas oscuras.

En los últimos días, hemos estado reflexionando juntas sobre todo un universo de injusticias que, incluso en ocasiones, hemos contribuido a crear y sostener con nuestra propia complicidad. Hemos hablado de racismo, prejuicios de género, la destrucción del medio ambiente, el abuso sexual, la violencia y la guerra. Reconocemos que los complejos desafíos de nuestro tiempo requieren sutileza y discernimiento, no respuestas en blanco y negro. Y aquí es donde las ambigüedades y contradicciones de la vida de Filipina pueden, irónicamente, ser más útiles para nosotras que su pasión santa.

Durante este año del bicentenario que celebra la llegada de Filipina al "Nuevo Mundo", la provincia de Estados Unidos-Canadá revisó la vida de Filipina, con un enfoque particular en analizar como Filipina abordó uno de los problemas de justicia más atroces de su época: la práctica de la esclavitud humana.

La charla de Cathy Mooney durante el Fórum Espiritual en St. Louis que tuvo lugar al principio del año del bicentenario, nos presentó una evaluación edificante de cómo Filipina se adaptó al sistema de esclavitud y de racismo que encontró al llegar a Nueva Orleans. Hemos descubierto que la Sociedad del Sagrado Corazón tenía, en más lugares de los que habíamos pensado, un número mucho mayor de esclavos y que, contrariamente a lo que nos han contado siempre, no hay pruebas de que se les enseñase a leer y a escribir.

Además, la Provincia solicitó a un grupo llamado Comité de Esclavitud, Responsabilidad y Reconciliación que investigara las historias de los esclavos que habían vivido en Grand Coteau durante la época de Filipina. Los miembros del comité localizaron a muchos descendientes de estas personas y les pidieron que participasen en una reunión en Grand Coteau (la escuela en Louisiana que se construyó gracias al trabajo forzado de sus antepasados). Esta reunión se llevó a cabo el 23 de septiembre de 2018. Pueden encontrar un video conmovedor de esta reunión en la página web de la Provincia USC.

Los descendientes pidieron tres cosas:

1. Que se les permitiese planificar todo el servicio y les ofreciésemos ayuda financiera para cubrir los gastos de viaje de algunos de ellos para llegar a Grand Coteau.
2. Que se coloque una piedra con los nombres grabados de todas las personas esclavizadas, en el cementerio donde sus antepasados fueron enterrados.
3. Que se establezca un fondo de becas para permitir a mujeres de color recibir educación en el Grand Coteau.

El trabajo de este Comité también reveló que Filipina y otras Religiosas del Sagrado Corazón intentaron reunir a las familias mediante la compra de algunos miembros de estas que habían sido vendidos a otras plantaciones. A Filipina Duchesne le entregaron una niña afroamericana cuando tenía solo 7 u 8 años. Esta niña, Liza Nebbit, creció con una gran devoción por Filipina y se llamó a sí misma la primera "niña de color del Sagrado Corazón". Sabemos también que Filipina pidió permiso para aceptar a niñas afroamericanas en los colegios y en el noviciado, pero Santa Madalena Sofía y el obispo local se lo prohibieron. Sin embargo, Filipina ayudó clandestinamente a una mujer libre de color que se llamaba Henriette DeLille a comenzar su propia congregación de hermanas en Nueva Orleans (Las Hermanas de la Sagrada Familia). Henriette vivió con las Religiosas del Sagrado Corazón en San Miguel durante más de un año y hoy pueden ver una placa en la pared que conmemora esta colaboración.

¿Cómo puede ayudarnos hoy esta nueva información sobre Filipina? Se me ocurren tres cosas.

Primero, creo que podemos sentirnos menos avergonzadas de nuestra propia complicidad en los pecados sociales de nuestro tiempo. Al igual que Filipina, nos enfrentamos a dilemas imposibles. Muchas de nosotras, hemos recorrido miles de millas para llegar a esta reunión sobre Justicia, Paz e Integridad de la Creación, creando una enorme huella de carbono. Pero, al igual que Filipina, tenemos que trabajar con la realidad en la que nos encontramos y tratar de equilibrar el daño que hacemos con los actos que abordan el daño de otras maneras.

En segundo lugar, Filipina también nos proporciona un modelo muy útil para esos momentos en los que estamos seguras de que tenemos razón y nos arriesgamos a destruir las relaciones en un esfuerzo por demostrarlo. Filipina no abandonó la Sociedad o la Iglesia cuando tuvo que aceptar de ambos aquello que ella sabía, en su corazón, que no estaba bien. Humildemente decidió quedarse y encontrar la manera de ayudar a los esclavos afroamericanos que estaban a su cuidado.

Y por último, Filipina se nos presenta como ejemplo de colaboración. No tenemos porque actuar solos para hacer frente a cada enfermedad social. Cuando las circunstancias impidieron a Filipina aceptar a mujeres de color en la Sociedad, encontró una manera de apoyar a otro grupo que, a la larga, sería aún más eficaz para crear una acogedora comunidad religiosa para ellas.

Por tanto, agradezcamos hoy a Filipina por su disponibilidad a lidiar con los males de su tiempo y por buscar la manera de hacer el bien a pesar de hacerlo, en ocasiones, de manera incompleta e imperfecta. Ojalá podamos encontrar la valentía y humildad para hacer lo mismo.